

## FRANCISCANISMO ENTRE CRISTIANDAD E ISLAMISMO

### PRESENTACIÓN

Los siglos XII y XIII, a caballo de los cuales vivió Francisco de Asís, constituyen un período histórico, cuyo comienzo y cuyo epílogo están bañados de sangre: el año 1099, de sangre musulmana, en Jerusalén, conquistada por los cristianos; el 1291, de sangre cristiana, en San Juan de Acre, último baluarte latino, expugnado por los mamelucos de Egipto.

Dentro de ese marco enrojecido se contempla un cuadro que presenta secuencias de guerra distribuidas en varios actos: son las varias cruzadas. Francisco asistió personalmente a la quinta cruzada; vivió, por tanto, en clima de « guerra »; sin embargo, Francisco fue y es tenido por todos indistintamente como « hombre de paz », que amó y promovió la paz: la paz consigo mismo, con los demás hombres, con los animales, con los elementos de la naturaleza, con todo el creado.

Dada su visión cósmica de la paz, es fácil imaginarse que Francisco no podía comprender que debiesen existir barreras entre la Cristiandad y el Islán, no obstante que la reconciliación de estos dos mundos apareciese entonces como una tarea casi imposible y ciertamente más ardua que la de reconciliar a los habitantes de Gubbio con el lobo (1). ¿ Consideró Francisco posible el allanamiento de esas barreras sin recurrir a los arietes de la guerra? ¿ Qué hizo y qué propuso él para lograrlo? La respuesta a esta doble pregunta constituye el objetivo de esta breve nota. En primer lugar, presentaré a Francisco como mediador de paz en su entrevista con el sultán de Egipto en el curso de la quinta cruzada; en segundo lugar, lo consideraré como iniciador y promotor de una nue-

---

(1) Sobre las relaciones entre la Cristiandad y el Islán en campo doctrinal, cf. G. ANAWATI, « Polémique, apologie et dialogue islamo-chrétiens. Positions classiques médiévales et positions contemporaines », *Euntes docete* 22 (1969) 375-452.

va cultura de la paz entre cristianos y musulmanes a través de su Regla (2).

## 1 — FRANCISCO ANTE EL SULTÁN DE EGIPTO: UNA MEDIACIÓN DE PAZ

Por tres veces, Francisco de Asís se pone en viaje para ir entre musulmanes: la primera vez, en 1212, hacia Oriente, la segunda, poco después, hacia Marruecos atravesando España (3); en ninguna de estas dos veces logró Francisco llegar a la meta de su viaje: la primera vez, un temporal le hace volver a las costas de Italia; la segunda vez, una enfermedad le detiene en el camino y, restablecido, en vez de ir a unirse con sus compañeros que habían continuado rumbo a Marruecos, cambia dirección y se dirige a Santiago de Compostela para orar cabe el sepulcro del apóstol Santiago.

A la tercera vez va la vencida. En 1219, a la vista del ejército de la quinta cruzada que asediaba Damietta, Francisco, acompañado de uno de sus « fraticelli », atraviesa la línea de fuego, entra en campo enemigo y logra entrevistarse con el sultán de Egipto Melek-el-Kamel. Este hecho, enriquecido con el pasar de los años de innumerables detalles legendarios, está atestiguado por autores coetáneos y posteriores. Quiero destacar los siguientes: Jacobo de Vitry (4), Ernoul (5), Fray Iluminado de Rieti (6), Tomás de Celano (7) y, por último, S. Buenaventura (8). Los dos primeros son funda-

---

(2) Abunda la bibliografía sobre el tema; me limito a citar los siguientes autores: G. GABRIELI, « San Francesco e il Soldano d'Egitto », *Oriente Moderno* 6 (1926) 633-43; L. LEMMENS, « De Sancto Francisco Christum praedicante coram Sultano Aegypti », *Archivum franciscanum historicum* 19 (1926) 559-68; G. BASSETTI-SANI, *L'Islam e Francesco d'Assisi* (Firenze 1975); F. GABRIELI, « San Francesco e l'Oriente islamico », AA.VV., *Espansione del francescanesimo tra Occidente e Oriente nel secolo XIII*. Atti del VI convegno internazionale, Assisi, 12-14 ottobre 1979 (Assisi 1979) 105-22; F. DE BEER, « Saint François et l'Islam », *Concilium*, n. 169 (Paris 1981) 23-36.

(3) A. LÓPEZ, « ¿Vino San Francisco a España en el año 1211? », *El Eco Franciscano* 28 (1911) 388-91; idem, « Viaje de San Francisco a España (1214) », *Archivo Ibero-Americano* 1 (1914) 13-45 257-89 433-69.

(4) G. GOLUBOVICH, *Biblioteca bio-bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente francescano* 1 (Quaracchi 1906) 2-10; para la trad. it., *Fonti Francescane* (= FF). *Cronache e altre testimonianze del primo secolo francescano* 2 (Assisi 1977) nn. 2200-2230.

(5) GOLUBOVICH, *Biblioteca*, 10-13; FF nn. 2231-34.

(6) GOLUBOVICH, *Biblioteca*, 36-37; FF nn. 2690-91.

(7) GOLUBOVICH, *Historia*, 14-21; FF 1 (Assisi 1977) n. 422; FF 2, n. 617.

(8) S. BONAVENTURA, *Legenda Maior: Analecta Franciscana* 10 (Quaracchi 1926-1941) 601; FF 1, nn. 1172-75.

mentales por haber asistido personalmente a los hechos, por haberlos descrito inmediatamente después y por tratarse de individuos extraños a la Orden franciscana. Fray Iluminado de Rieti sería, según S. Buenaventura, el compañero de Francisco en la memorable entrevista; este religioso, además de habernos dejado sus « ricordi », parece haber sido la fuente de información de Celano y de Buenaventura.

El hecho, pues, de la entrevista de Francisco con el sultán, parece quedar suficientemente asegurado y al margen de toda duda. No así, en cambio, su significado o su intencionalidad. Y aclarar estos elementos me parece que sea una tarea sumamente importante, en cuanto que su exacto conocimiento nos podrá permitir apreciar el valor histórico de un hecho, su verdadero sentido. ¿Qué intenciones tenía, pues, Francisco cuando se presentó delante del sultán? ¿qué causas le movieron a realizar el arrojado gesto y qué finalidades perseguía? La respuesta exacta nos la dará el mismo Francisco cuando legisle sobre el comportamiento que hay que observar respecto de los sarracenos. Pero de esto trataré en el párrafo siguiente. Ahora y aquí quiero sólo poner de relieve cómo interpretaron el episodio los autores que se ocuparon de él y que dejo enumerados más arriba. Trátase de la visión historiográfica de la entrevista de Damietta.

Los autores citados están todos de acuerdo en considerar el gesto como una iniciativa personal de Francisco. Según Jacobo de Vitry las relaciones de Francisco con el ejército cruzado en el momento de la salida para el campo enemigo fueron del todo tangenciales: Francisco pasó casi por casualidad rozando el grupo de los cruzados; según Ernoul, los contactos de Francisco con los cruzados fueron más estables, pero, en cuanto a la iniciativa, el cronista recalca una y otra vez que el legado pontificio no tuvo en ella ni parte ni arte. Por su parte Celano y S. Buenaventura ignoran toda relación inicial entre la iniciativa de Francisco y el ejército cruzado.

Concuerdan igualmente estos autores cuando afirman que la única finalidad que tenía Francisco era la de discutir con el sultán y los suyos sobre cuál fuese la verdadera religión: si la de los cristianos o la de los musulmanes. Anotan finalmente los autores de común acuerdo que Francisco, si no llegó a convertir a ninguno de sus adversarios, logró al menos constatar una grande verdad: que los adversarios no se sentían seguros en su fe, pues ninguno se atrevió a aceptar el desafío que Francisco les lanzó. No es aquí el caso de comentar cómo esta común constatación parece dar pie a nuestros autores para sacar unos una conclusión y otros la contraria: unos, Vitry y Ernoul, la justificación de la cruzada; otros, Celano y

S. Buenaventura, la condenación o al menos la superación de la cruzada.

Ciñéndonos a nuestro tema, lo que aquí debemos hacer observar es que todas las interpretaciones que acabamos de ver nos presentan un Francisco poco o nada pacífico. Al contrario, es un guerrero más, pero a su modo; dispuesto a llevar adelante una cruzada, no ciertamente con las armas militares, pero sí con argumentos doctrinales, en apoyo de los cuales Francisco invoca nada menos que la prueba del fuego. En esta refriega alguien tenía que jugarse la vida. Algún muerto tenía que haber. Una cruzada en pequeño. El concepto de paz que aquí se le atribuye a Francisco es el de la paz romana: la que se imponía tras una victoria.

Pero, en realidad, ¿era eso lo que Francisco perseguía cuando atravesó la línea de fuego en Damietta y se fue a entrevistar con el sultán? Veamos si el examen detenido y crítico de los documentos nos permiten formular alguna respuesta diversa. Vamos a leer atentamente un pasaje del testimonio del cronista Ernoul. Es el siguiente:

« Ora vi dirò di due chierici che si trovavano nell'esercito a Damietta. Un giorno si recarono dal cardinal (legato), e gli manifestarono la loro intenzione di andare a predicare al Sultano; ma volevano fare questo con il suo beneplacito. Il cardinale rispose che, per conto suo, non avrebbe mai dato né licenza né comando in tale senso, perché non voleva concedere licenza che si recassero là dove sarebbero stati senz'altro uccisi. Lo sapeva bene lui, che se ci andavano, non ne sarebbero tornati mai più.

Ma essi risposero che, se ci andavano, lui non avrebbe avuto nessuna colpa, perché non era lui che li mandava, ma semplicemente permetteva che vi andassero.

E tanto lo pregarono che il cardinale, constatando che avevano un proposito così fermo, disse loro: "Signori miei, io non conosco quello che voi avete in cuore e quali siano i vostri pensieri, se buoni o cattivi; ma se ci andate, guardate che i vostri cuori e i vostri pensieri siano sempre rivolti al Signore Iddio". Risposero che non volevano andare dal Sultano, se non per compiere un grande bene, che bramavano portare a compimento. Allora il cardinale disse che potevano pure andarci, se lo volevano, ma che non si pensasse da nessuno che era lui a inviarli.

Allora i due chierici attraversarono il campo cristiano, dirigendosi verso quello dei Saraceni. Quando le sentinelle del campo saraceno li scorsero che si avvicinavano, congetturarono che certo venivano o come portatori di qualche messaggio o perché avevano intenzione di rinnegare la loro fede. Si fecero incontro, li presero e

li condujeron al Sultano.

Introducidos a la presencia del Sultano, lo saludaron. El sultano respondió al saludo e hizo preguntarles si querían hacerse sarracenos o llevaban algún mensaje. Ellos respondieron que jamás se harían musulmanes, pero que habían venido a él para llevar un mensaje de parte del Señor Dios... » (9).

Los historiadores estamos obligados a establecer los hechos sólo a base de los documentos; pero a lo que no estamos obligados es a deber leer los documentos siempre en positivo; a veces nos es consentido, y aun forzoso, leerlos en negativo. Sobre todo, cuando se trata, como en el caso presente, de un documento *político*, áulico. ¿Qué es, pues, lo que dice y lo que encubre o trata de encubrir el escritor guerrero Ernoul?

En breve, dice lo siguiente: Francisco *está, vive* con los cruzados; no pasa, por tanto, de rondón por junto a ellos; un buen día se presenta con su compañero ante el legado pontificio, el cardenal portugués Pelagio, para exponerle un plan; el plan no lo había soñado la noche anterior, lo llevaba bien meditado; y no debía de ser del todo descabellado, si es que el legado se vio al fin obligado a aceptarlo, después de haber apurado toda clase de objeciones. Francisco se ofrece a ir personalmente, con su compañero, a junto del sultán. ¿Para qué?

« A predicare al Sultano ». Esta es la explicación de Ernoul; explicación, tal vez, puesta en circulación por el mismo legado apostólico; los frailes, en cambio, respondieron que « non volevano andare dal Sultano, se non per compiere un gran bene, che bramavano portare a compimento ».

La primera explicación parece insostenible desde cualquier punto de vista que se la mire. En primer lugar, Francisco y sus frailes estaban autorizados por el papa para predicar en cualquier parte del mundo, sin necesidad de pedir permiso a los obispos; debían abstenerse de predicar sólo en el caso y en el lugar en que el ordinario se lo prohibiese expresamente. No se ve, pues, razón alguna plausible por la que Francisco se sintiese en el deber de pedir al legado expresa autorización para ir a predicar, y el legado se negase, primero a concederla, y luego a querer pasar como responsable de haberla concedido. En segundo lugar, menos creíble todavía resulta la explicación si se consideran las circunstancias del tiempo y del modo en que la supuesta predicación fue llevada a cabo. Pre-

---

(9) FF 2, nn. 2231-32.

tender convertir al sultán a una religión en el momento en que los seguidores de esa religión lo tenían asediado con la fuerza de las armas, y pretender, además, convencerlo, a base de insultos y de desafíos, todo esto supone un fanatismo tan ciego o un infantilismo tan ingenuo que yo me resisto a atribuir a San Francisco, y no por cuanto le amo como hijo, sino por cuanto le conozco como historiador. Francisco había comprendido bien la naturaleza de su misión apostólica para no manipularla como un ariete a fin de obtener la rendición sin condiciones del enemigo y, en este caso, de un enemigo político. Su respeto hacia los demás no sólo está atestiguado por la historia sino que llegó a convertirse en símbolo de fraternidad universal. El caso de Gubbio, por ejemplo, es sintomático de cómo Francisco respetaba los derechos hasta de los animales. ¿Cómo imaginar que haya tratado al bueno del sultán Melek-el Kamel con menos deferencia que al lobo de Gubbio?

No, a mi modesto parecer, Francisco no se ofreció al legado apostólico para ir ante el sultán con propósitos de « convertirlo »; sí, en cambio, con ánimo de dialogar con él, de obtener de él algo. En concreto no sabemos qué; pero ciertamente se trataba de algo que de una manera o de otra se relacionaba o se podía relacionar con los intereses generales de la quinta cruzada. De ahí que Francisco considerase conveniente o hasta necesario poner al corriente al legado; y de ahí también que el legado se permitiese advertirles que en todo lo que hiciesen procurasen salvar siempre los intereses de Dios que, en el fondo, eran los intereses de la cruzada.

Como queda ya dicho, los religiosos contestaron que no querían « andare dal sultano se non per compiere un gran bene, che bramavano portare a compimento ». ¿Qué gran bien desearía ardentemente Francisco poder realizar en aquellos momentos mediante la entrevista con el sultán? No resisto a la tentación de presentar aquí una hipótesis que, aunque a mí me parece convincente, dejo como simple hipótesis por no tener documentos que la corroboren. Trátase de lo siguiente: Francisco se propondría conseguir del sultán autorización para que él personalmente y también sus frailes o los fieles cristianos en general pudiesen visitar libremente el Santo Sepulcro. Como es sabido, años atrás el sultán había dado orden que todo cristiano que quisiese visitar el Santo Sepulcro y demás santuarios de Palestina debía pagar una elevada suma de dinero. Como revancha, y para que el sultán no se enriqueciese con dinero cristiano, el papa Honorio III, con fecha 24 de julio de 1217, lanza una bula por la que prohíbe bajo pena de excomunión visitar el Santo Sepulcro « cum nisi saracenis soluto tributo nullus illuc

accedere valeat christianus » (10). Uno de los destinatarios de la bula fue precisamente el cardenal legado Pelagio. El acceso al Santo Sepulcro quedaba, pues, impedido por una y otra parte. Francisco se propondría, pues, desbloquear esa situación. Que la visita al Santo Sepulcro fuese considerada por Francisco como « un grande bene » para su ardiente y sensible devoción hacia la Humanidad de Cristo es algo que no necesita ser demostrado aquí. Que Francisco considerase como alcanzable esta concesión como favor personal del sultán, y movido sólo por motivos de fe, no parece una idea descabellada, dada la buena índole humana y religiosa que todos atribuyen a Melek-el-Kamel (11). Y en fin, que Francisco, además de eso, haya acariciado la idea de que semejante concesión por parte del sultán, en el supuesto de que llegase a granazón, podía constituir la base para un negociado de paz entre las partes contendientes, y que de esto haya hablado precisamente con el legado Pelagio, no hay nada que impide pensarlo; yo diría más, todo el contexto del diálogo con Pelagio invita a admitirlo. Y, finalmente, la verosimilitud de nuestra hipótesis puede ser también ilustrada, a mi juicio, a la luz de los « ricordi » del compañero de Francisco, fray Iluminado de Rieti. El compañero « recuerda » sólo dos episodios del encuentro de Francisco con el sultán. En el primero se describe el ardid de que se sirvió el sultán para comprobar si la devoción de Francisco a la Cruz de Cristo era auténtica o no. En el segundo episodio, a la pregunta del sultán por qué los cristianos, que tienen obligación de amar a sus enemigos, invaden las tierras musulmanas, Francisco, remitiéndose a Mt 5,29, responde que, aun en el caso de que el musulmán fuera nuestro amigo, tendríamos que deshacernos de él, « se tenta di allontanarci dalla fede e dall'amore del nostro Dio. Proprio per questo — y aquí aparece la justificación de las cruzadas por parte de Francisco — i cristiani agiscono secondo giustizia quando invadono le vostre terre e vi combattono, perché voi bestemmiate il nome di Cristo e vi adoperate ad allontanare dalla religione di lui quanti più uomini potete ».

En una palabra, una relectura atenta de los textos relativos al histórico encuentro de Francisco con el sultán nos lleva a la convicción que Francisco deseaba y consideraba posible una paz entre cristianos y musulmanes si los unos respetaban la fe de los otros.

---

(10) G. BASETTI-SANI, « San Francesco è incorso nella scomunica? Una bolla di Onorio III ed il supposto pellegrinaggio del Santo a Gerusalemme », *Archivum franciscanum historicum* 65 (1972) 3-19, la bula en la p. 16.

(11) H.L. GOTTSCHALK, *al-Malik al-Kamil von Egypten und seine Zeit* (Wiesbaden 1958).

## 2 — LA REGLA FRANCISCANA: LA PRIMERA « CHARTA MAGNA » DE LA CONVIVENCIA ENTRE CRISTIANOS Y MUSULMANES

De la Regla franciscana existen dos redacciones, por llamarlas de alguna manera; la primera redacción inicia su proceso de elaboración tal vez desde los comienzos de la Orden, lo prosigue con nuevas adiciones a través de los años, y lo consuma con la aprobación de su texto por parte del capítulo general de 1221; por no haber sido aprobado por bula pontificia, este texto constituye la llamada *Regula non bullata* (= RNB); la segunda redacción corresponde al texto definitivo aprobado por bula pontificia en 1223, llamada por eso *Regula bullata* (= RB) (12).

Promulgada cuando ya la Orden llevaba un buen período de rodaje, la Regla franciscana recoge el fruto de las experiencias realizadas tanto por Francisco y sus frailes como también por la vida religiosa de los siglos precedentes. La Regla refleja el pensamiento genuino de su autor, que es Francisco, y constituye la piedra de toque con la que necesariamente hay que confrontar los demás escritos de Francisco y no digamos los escritos de sus biógrafos, sean contemporáneos o posteriores.

Francisco consagró al tema de los « sarracenos » todo el capítulo 16 de la RNB y el capítulo 12 de la RB. Ello nos dice ya que Francisco no consideró como cosa suya personal el « carisma » de acercarse a los « sarracenos », sino que quiso transmitirlo a su nascente Orden, institucionalizándolo con normas precisas. Se abrió así un capítulo totalmente nuevo en la historia de las relaciones entre el mundo cristiano y el mundo musulmán, relaciones que hasta entonces se habían reducido a sangrientas acciones bélicas o, en los breves períodos de tregua, a aislados intercambios culturales y comerciales.

Sendos capítulos de las dos Reglas franciscanas se intitulan del mismo modo: « De euntibus inter saracenos et alios infideles », y su contenido — que fundamentalmente permanece inmutable, no obstante los cambios redaccionales — bien puede ser considerado como la primera « charta magna » de la convivencia entre las dos grandes religiones.

Cierto, Francisco persigue un fin religioso: presentar la fe católica a los sarracenos, « ut baptizentur et efficiantur christiani » (RNB 16, n. 7). Pero este es un fin último, que se cumplirá cuando

---

(12) *Opuscula sancti Patris Francisci Assisiensis denuo edidit iuxta codices MSS* C. Esser (Grottaferrata 1978) 225-38 (RB), 239-94 (RNB).

Dios lo quiera dar a entender a los unos y a los otros. Mientras tanto, y como preparación para que Dios acelere la realización de ese fin último, el fraile menor debe observar toda una metodología, un código de comportamiento, que aquí no puedo sino resumir:

2.1 Convivir con los musulmanes. S. Francisco usa estas expresiones: « De euntibus *inter* saracenos » (RNB 16, RB 12, título), « ire *inter* saracenos » (RNB 16, n. 3; RB 12, n. 1), « *inter eos...* conversari » (RNB 16, n. 5); es decir, la « *missio* » (= « ire »), la evangelización, comporta ante todo un « estar », « permanecer » (« conversari ») *entre* los musulmanes; tratarlos, conocerlos.

2.2 Aceptarlos como son, no sólo en cuanto « *diversi* », sino en cuanto « *adversi* ». Francisco no se ilusiona con creer que sean amigos o cristianos; los llama « *inimici* », « *infideles* » (RNB 16, n. 11, y título).

2.3 Estando entre ellos, lo primero que deben hacer los frailes (« *unus modus* ») es evitar toda clase de altercados y discusiones: « *non faciant lites neque contentiones* ». Este precepto del capítulo 16 de la RNB no fue recibido en el capítulo correspondiente — el 12 — de la RB, pero sí en el capítulo 3, n. 10, y siempre en un contexto misional, aplicable, por tanto, también al mundo musulmán: « (fratres) quando vadunt per mundum, non litigent neque contentant verbis ». Si no queremos ver en este pasaje una especie de canto de palinodia de errores cometidos por Francisco en el pasado — y nada nos autoriza a considerarlo así —, debemos recalcar, como conclusión, que los desafíos doctrinales y retos a la prueba del fuego que los biógrafos medievales afirman iba lanzando Francisco ante el sultán de Egipto y ante sus teólogos son cosas que hay que relegar definitivamente al reino de las leyendas.

2.4 Respetar la autoridad constituida y las leyes de cada país: « *sint subditi omni humanae creaturae* » (RNB 16, n. 6).

2.5 Todo ello, sin perder la propia identidad cristiana: « *confiteantur se esse christianos* » (ibid.).

2.6 Y, finalmente, si vieren que había llegado el momento querido por Dios — « *si viderint placere Deo* » —, entonces « *annuncient verbum Dei* ». Es el momento de la evangelización, de la catequesis a la fe. Y en todo momento, y no obstante la fiel observancia de todo este código de convivencia civil, no debe olvidarse el franciscano que puede ser objeto de persecución y que debe estar dispuesto a aceptarla, incluso hasta el martirio. El martirio no es un objetivo que el franciscano debe andar buscando continuamente — como quiere el Celano en el caso de Francisco —, sino una dis-

ponibilidad permanente, como signo de autenticidad cristiana y franciscana.

En conclusión, la presencia de los franciscanos durante siete siglos en el Norte de Africa y en el Medio Oriente es la mejor demostración de cómo el programa trazado por Francisco de Asís para tratar con los musulmanes no era una quimera.

ISAAC VÁZQUEZ JANEIRO